

Creo también con San Buenaventura que no sólo os ofenden los que os injurian, sino también los que no os piden gracias. Quien os obsequia, no se perderá, por pecador que sea. Al contrario, como asegura San Buenaventura, quien no es devoto vuestro, perecerá infaliblemente. Vuestra devoción es el billete del Cielo, diré con San Efrén.

Creo que, como revelasteis a Santa Brígida, sois la Madre de las almas del purgatorio: sus penas son mitigadas por vuestras oraciones. Por tanto, me persuade San Alfonso, cuando dice que son muy afortunados vuestros devotos, y San Bernardino, cuando afirma que Vos libráis a vuestros devotos de las llamas del purgatorio.

Creo que Vos, cuando subíais al Cielo, pedisteis y lo obtuvisteis sin género de duda, llevar con Vos al Cielo todas las almas que entonces se hallaban en el purgatorio. Creo también que, como prometisteis al Papa Juan XXII, libráis del purgatorio el sábado siguiente de su muerte a cuantos lleven vuestro Escapulario del Carmen. Pero vuestros devotos son todavía más felices, porque por Vos se les abrirán las puertas del Cielo, cuyas puertas sois Vos misma.

Creo que Vos manifestáis vuestro poder introduciendo en el Cielo a cuantos queráis. Por Vos se llena el Cielo y queda vacío el infierno.

Creo que los que se apoyan en Vos no caerán en pecado, y que los que os honran, alcanzarán la vida eterna. Vos sois el piloto celestial, que conducís al puerto de la gloria a vuestros devotos en la barquilla de vuestra protección, como dijisteis a Santa Magdalena de Pazzi. Ratifico lo que asegura San Bernardo: el profesaros devoción es señal cierta de predestinación.

Y también lo del Abad Guerrico: Quien os tiene un amor sincero, puede estar tan seguro de ir un día al Cielo como si ya estuviera en él.

Creo con San Antonino que no hay Santo tan grande como Vos: que dais más de lo que se os pide y que vais en busca del necesitado y buscáis a quien salvar. Muchas veces salváis a los mismos que la justicia de vuestro Hijo está a punto de condenar, como enseña el Abad de Celles. Por tanto, estoy convencido de la verdad que se contiene en la visión que tuvo Santa Brígida. Jesús os decía: Si no se interpusieran vuestras oraciones, no habría en este caso ni esperanza ni misericordia. Opino también con San Fulgencio

que si no fuera por Vos, la tierra y el Cielo 'hubieran sido destruidos por Dios.

Creo que, como revelasteis a Santa Matilde, erais tan humilde que, á pesar de veros enriquecida de tantos dones y gracias celestiales, no os preferíais a nadie. Y que, como dijisteis a Santa Isabel. Benedictina, os juzgabais vilísima sierva de Dios e indigna de su gracia.

Creo que, como manifestasteis a Santa Brígida, merecisteis vuestra Maternidad Divina, precisamente porque os creíais desprovista de todo.

Creo que por vuestra humildad ocultasteis a San José vuestra maternidad, por más que pareciera a primera vista necesario manifestársela, que servisteis a Santa Isabel, y que en la tierra siempre buscabais el último puesto.

Creo que, como revelasteis a Santa Brígida, tuvisteis tan bajo concepto de Vos misma, porque sabíais que todo lo habíais recibido de Dios. Por ello. en nada buscabais vuestra gloria, sino la de Dios exclusivamente.

Creo con San Bernardo que ninguna criatura

dei mundo es comparable con Vos en la humildad.

Creo que el fuego del amor, que ardía en vuestro corazón para con Dios, era de tantas calorías, que al instante hubiera encendido y consumido el cielo y la tierra, y que en comparación de vuestro amor, el de los Santos era como fresca brisa.

Creo que Vos cumplisteis a la perfección el precepto del Señor: Ama a Dios, y que ya desde el primer instante de vuestra existencia vuestro amor era superior al de todos los ángeles y serafines.

Creo que, debido a ese vuestro intenso amor a Dios, jamás fuisteis tentada, y que nunca revolvisteis un pensamiento que no fuera de Dios, ni dijisteis palabra que no fuera dirigida a Dios.

Creo con Suárez, Ruperto, San Bernardino y San Ambrosio, que vuestro corazón amaba a Dios, aun cuando vuestro cuerpo reposaba, de manera que se os puede aplicar lo de la Sagrada Escritura: Yo duermo, pero mi corazón vela.

Mientras vivíais en la tierra, vuestro amor a Dios nunca fue interrumpido.

Creo que amasteis al prójimo con tal perfección que no habrá quien lo haya amado más, exceptuando a vuestro Hijo. Aunque se reuniera el amor de todas las madres para con sus hijos, de los esposos y esposas entre sí, de todos los ángeles y Santos del Cielo, sería este amor inferior al que Vos profesáis a una sola alma.

Creo que tuvisteis, como dice Suárez, más fe que todos los Angeles y Santos juntos. Aun cuando dudaron los Apóstoles, Vos no vacilasteis. Os llamaré, pues, con San Cirilo: cetro de la le ortodoxa.

Creo que sois la Madre de la Santa Esperanza y el tipo perfecto de la confianza en Dios. Vos fuisteis mortificadísima. Suscribo a San Epifanio y al Damasceno, que dicen que Vos fuisteis tan mortificada en los ojos, que los tuvisteis siempre bajos, sin jamás fijarlos en persona alguna.

Creo lo que dijisteis a Santa Isabel, Benedictina, que no tuvisteis ninguna virtud sin haber

trabajado y orado para poseerla. Creo con Santa Brígida que todas vuestras cosas las distribuisteis entre los pobres, sin reservaros para Vos más que lo estrictamente necesario: creo que las riquezas mundanas las despreciabais: creo que hicisteis voto de pobreza.

Creo que vuestra dignidad es superior a la de todos los Angeles y Santos y que tanta es vuestra perfección, que sólo Dios puede conocerla.

Creo que, después de Dios, es ser Madre de Dios y, por tanto, no pudisteis estar más unida a Dios, como decía San Alberto.

Creo que la dignidad de Madre de Dios es infinita en su género, y que ninguna criatura puede subir más alto. Dios pudo haber criado un mundo mayor, pero no pudo haber formado una criatura más perfecta que Vos.

Creo que Dios os ha enriquecido con todas las gracias y dones generales y particulares que ha conferido a todas las demás criaturas juntas. Creo que vuestra belleza sobrepuja a la de todos los hombres y ángeles, como reveló el Señor a Santa Brígida. Creo que vuestra belleza ahuyen-

taba todo movimiento de impureza e inspiraba pensamientos castos.

Creo que fuisteis niña, pero de niña sólo tuvisteis la inocencia y no los defectos de la niñez. Creo que fuisteis virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Fuisteis Madre sin la esterilidad de la virgen, sin dejar por ello de ser virgen. Trabajabais, pero sin que la acción os distrajera; orabais, pero sin descuidar vuestras ocupaciones. Moristeis, pero sin angustia, ni dolor ni corrupción de vuestro cuerpo.

Creo que, como enseña San Alberto, fuisteis la primera en ofrecer sin consejo de nadie, vuestra virginidad, dando ejemplo a todas las vírgenes que os han imitado y que Vos, delante de todas, lleváis el estandarte de esa virtud. Por Vos se mantuvo virgen vuestro castísimo esposo San José. Creo también que estabais resuelta a renunciar la dignidad de Madre de Dios, antes que perder vuestra virginidad.

306) Marianismo de sus cartas

* No cambiaría un cuarto de hora pasado a los pies de la Santísima Virgen María, nuestro

consuelo y esperanza, por miles de años transcurridos en los entretenimientos del mundo.

* Cuánto más dulce pasear a solas por los corredores del convento bajo las miradas maternales de María que todas las giras de sport en el mundo.

* No me preocupa otra cosa que bendecir y ensalzar la mano misericordiosa de la Virgen María, que me libró de los peligros del mundo.

* ¡Oh María!, las dulces llagas de Jesús y vuestros atroces dolores están siempre impresos en mi corazón.

El cielo son los Dolores de mi querida Madre.

* Si Ella me protege, ¿quién podrá vencerme?...

* Si fuere destinado a misiones, yo procuraré que aquellos pobrecitos conocieran y amaran a mi querida Madre del cielo.

* La devoción a María, acicate para la virtud. Y los hermanos ¿son devotos de María? Que la profesen una devoción muy tierna., pues la devoción a María es bálsamo en el dolor, escudo en la tentación y acicate para la virtud.

* Yo tengo una Madre que, por grande que sea mi indignidad, me ama y se desvela por mí... En tus manos, Señora, deposito mi suerte.

* Si poseemos a María, lo tenemos todo con Ella; si Ella nos falta, todo nos falta.

* Si María nos defiende, ¿quién podrá dañarnos?.

* María es la única escalera para subir al cielo.

* No dejes jamás de practicar las devociones que tienes de costumbre en honor de María Santísima; ama a la Virgen de los Dolores, obséquiala...

* Una jaculatoria dirigida a Jesús y a María sacia más el corazón que todas las promesas del mundo.

* ¡Oh, qué dulce, qué dulce es servir a Dios y a su Madre bendita!

* Me examinaré sobre mi devoción a la Santísima Virgen y, si me encontrare algo resfriado, procuraré enfervorizarme cada vez más.

47. San Antonio María Claret (+ 1870)

Nació en Salen, Barcelona, en 1807.

Ordenado sacerdote recorrió durante algunos años Cataluña predicando al pueblo. El don de la palabra, que poseyó muy generoso, lo aprovechó profundamente para llevar el Evangelio a todos los rincones. Se conservan muchos sermones de los que predicaba al pueblo.

También se entregó de lleno al apostolado de la pluma publicando hermosos libros sobre temas espirituales.

En el día de la Virgen del Carmen de 1849 fundó la congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, conocidos como "Claretianos".

Fue obispo de Santiago de Cuba, donde trabajó incansablemente por las almas.

La reina Isabel II lo nombró su director espiritual.

Amó muchísimo a la Virgen María, escribió páginas muy bellas sobre Ella, la propagó por todos los pueblos y a Ella dedicó su Instituto.

Fue Padre del Vaticano I y murió en Fontfroide, Francia, en 1870.

El papa Pío XII lo canonizó en 1950.

307) Sed devotos de María

Sed devotos de María Santísima. Ella os libraré de males y desgracias de cuerpo y alma.

Ella os alcanzará todos los bienes temporales y eternos.

Rezadle todos los días el santo Rosario con devoción y fervor y veréis cómo María será vuestra Madre, vuestra abogada, vuestra medianera, vuestro todo después de Jesús.

En una palabra, si sois devotos verdaderos de María seréis felices ahora y después por toda la eternidad en el cielo.

308) La Virgen cuida de sus devotos

Ninguna Pastora tiene tanto cuidado de sus ovejas, como tiene María Santísima de las almas que Ella toma a su cuidado...

Ea, cristianos todos, alabad a María, dad gracias a María y sed todos muy devotos de María.

309) Amor de Jesús a María

María es Hija del Dios Padre, es Madre de Dios Hijo, es Esposa de Dios Espíritu Santo, es templo y sagrario de la Santísima Trinidad.

“Amar es querer el bien”, dice Santo Tomás. Para que se vea cuánto Jesús amaba a su Madre, no hay más que ver el bien que le deseó y obró a

su favor. La escogió desde la eternidad para Madre suya, que es una dignidad casi infinita. Hizo que fuera concebida en gracia, y sin mancha de pecado original. La enriqueció con todas las virtudes, dones y privilegios. Estuvo nueve meses en sus purísimas entrañas y nació dejándola virgen y más santificada.

Por su ministerio santificó al Bautista, y por su intercesión hizo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino. Todo el tiempo de su vida, Jesús le obedeció y le estaba sujeto (Lc. 2,51).

En la hora de la muerte la encargó al discípulo más amado para que la cuidara bien. Le confió su Iglesia.

Finalmente, se la llevó a la gloria y la sentó a su derecha y la coronó por Reina y Emperatriz de cielos y tierra, y Abogada de pecadores, con poder de dispensar todas las gracias.

El cristiano, pues, a imitación de Jesús, debe amar a María, debe desearle todo el bien. Debe tenerla por Madre, y, como a tal, amarla, servirla, obsequiarla y, como Jesús, estarle completamente sujeto.

Aprenderá de Jesús y de san Juan el modo de tratarla. Imitará sus virtudes... Todas las horas del día y de la noche le rezará el Ave María...

Todos los días rezará el Rosario... Tendrá en su aposento una imagen, que saludará siempre al entrar y salir, y, entre día, se dirigirá a Ella y de Ella se valdrá como de un teléfono que va al cielo.

El buen sacerdote no se ha de contentar con ser él devoto de María, sino que ha de promover por todos los medios su devoción entre los fieles.

310) Jaculatorias marianas del Santo

¡Oh Virgen Santísima, alcánzame la gracia de que todos se salven y nadie se condene!

¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socórreme, sácíame!.

¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!

Madre mía, quiero amarte de aquí en adelante con todo fervor, y no sólo te amaré, sino procuraré que todos te amen, te conozcan, te alaben, te recen el santo Rosario, devoción que te es tan agradable.

¡Oh Madre mía, cuánto te amo! ¡Cuánto te aprecio!

¡Oh, Madre, cuánta es la confianza que en Ti

tengo de que me darás la perseverancia en tu santo servicio y la gracia final.

311) María en el plan divino de la salvación

Concebido el plan divino de la Encarnación del Verbo para redimir y enaltecer al género humano, entraba también María en dicho plan como predestinada a dar un cuerpo humano al Redentor.

Por ser Madre de Dios es Corredentora del género humano, Medianera de todas las gracias, Madre de todos los hombres. Nos ha dado a luz juntamente con Jesús.

Aunque seamos muchos, no somos más que uno con Jesús.

María, con su ardiente caridad, nos da a luz todos los días...

Ella está llena de gracia, y Dios quiere que todos participemos de su plenitud.

María es como el cuello que junta, por así decirlo, el cuerpo con la cabeza.

María es el Corazón de la Iglesia. He aquí por qué brotan de él todas las obras de caridad.

María está continuamente ejerciendo estos

dos movimientos: absorbe la gracia -diástole-, y la derrama—sístole.

Virgen y Madre de la Caridad es la más propia denominación; porque la caridad mira a Dios y al prójimo.

Su Corazón es el centro de su amor a Dios y a los hombres. El Corazón de María es su amor.

En tanto nos salvaremos en cuanto nos conformemos a Jesús, nuestra Cabeza, y a María.

Yo quisiera que todos los cristianos tuvieran hambre y sed de esta devoción. Amad, amigo mío, amad y amad muchísimo a María.

Y para que suba más de punto vuestra devoción, os diré por qué debemos amar a María Santísima: 1.º, porque Dios lo quiere; 2.º, porque Ella lo merece; 3.º, porque nosotros lo necesitamos, por ser Ella un poderosísimo medio para obtener todas las gracias corporales y espirituales, y, finalmente, la salud eterna..

Por tanto, después de Jesús, hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra eterna salvación en Ella. ¡Oh!, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados, la gracia y, finalmente, la gloria del cielo.

312) Señal de predestinación

La devoción a María es un medio poderosísimo para alcanzar la salvación. Es la razón porque María puede salvar a sus verdaderos devotos, porque quiere y lo hace.

María puede, porque es la puerta del cielo.

María quiere, porque es Madre de misericordia.

María lo hace, porque Ella es la que obtiene la gracia justificante a los pecadores, el fervor a los justos y la perseverancia a los fervorosos...

Por eso se ha dicho que el ser devoto de María es una señal de predestinación.

La razón es muy clara. Nadie se puede salvar sin el auxilio de la gracia, que viene de Jesús, como Cabeza que es de la Iglesia, y María es como el Cuello que junta, por decirlo así, el cuerpo con la cabeza; y así como el influjo de la cabeza al cuerpo ha de pasar por el cuello, así también las gracias de Jesús pasan por María y se comunican al cuerpo o a los devotos, que son sus miembros vivos.

313) Escala del cielo

María es llamada por los Santos Padres la

escala del cielo, porque por medio de María ha bajado Dios del cielo y por medio de María los hombres suben al cielo.

María es el medio más eficaz para la conversión de los pecadores y como fuente de santidad y fragua de apóstoles.

48. Beato Francisco Palau **(+1872)**

Nació en Aytona (Lérida) en 1811. Ingresó en 1828 en el seminario de Lérida y en 1832 vistió el hábito de carmelita teresiano. Se ordenó sacerdote en 1836 y poco después fue exilado a Francia donde vivió doce años. Vuelto a España fue confinado injustamente en Ibiza donde vivió el misterio de las vicisitudes de la Iglesia

En 1860 fundó dos Congregaciones religiosas: Hermanas carmelitas Misioneras y Hermanas carmelitas Misioneras Teresianas. En ellas encarnó su espíritu que viven hasta hoy.

La reina Isabel interviene para que regrese a la Península donde desarrolla un intenso apostolado.

El Señor le dotó del don de profecía y milagros. Hubo de sufrir muchas persecuciones por las curaciones y exorcismos que realizaba con gran éxito.

En todos sus apostolados y en sus escritos lleva muy dentro de su alma el espíritu mariano cuya devoción extiende por doquier.

De sus interesantes escritos se han recogido esta

herencia y testimonio, que es una antología de sus acentos marianos.

Murió en Tarragona en 1872 y fue beatificado por el papa Juan Pablo II en 1988.

314) *Pensamientos marianos*

* La Madre jamás niega a sus hijos gracia alguna si la piden con entera confianza.

* Como en la tierra un buen hijo no niega a su madre ninguna gracia que sea justa y necesaria, mucho menos en el cielo negará Jesucristo a su Madre lo que le pida.

* Es el hombre un jardín cerrado; si constituimos a María hortelana y jardinera, ¿qué es lo que no podemos prometernos de su habilidad, destreza, solicitud y cuidados?. Fertilizados nuestros espíritus por las aguas vivas que manan de los santos Sacramentos, hallará la divina jardinera en el jardín de nuestro corazón, flores de todas las especies y presentará cada día a su Hijo un ramillete de virtudes compuesto con admirable variedad.

* María asistida por la gracia y dones del Espíritu Santo desde su inmaculada concepción, amó con tal intensidad a Dios que atrajo a su seno virginal con la fragancia suave y pura de

esta flor mística al mismo Hijo de Dios, y el Hijo del Eterno no vaciló, aunque hija de Adán prevaricador, en tomarla por Madre.

* El amor de Dios ¿está en el jardín de tu alma? . . . Si no lo hallas, aún tienes tiempo: marcha a María tu jardinera y dile que lo ponga, que lo plante, que lo riegue y que lo cuide.

* Al amor de María debe el mundo su salvación. Nos vio perdidos, buscó un salvador y lo encontró y nos lo ofreció sacrificado sobre el ara de la cruz; y en este sacrificio ella quiso ser con su Hijo nuestra Corredentora. Por este amor mereció el título de Madre común de todos los vivientes.

* María desde su concepción inmaculada, tomó como Propia la causa de todos los hijos de Adán, y movida e impulsada por esta virtud - misericordiosa negoció eficazmente con Dios nuestra salvación. Esa Madre de misericordia toma por suyas las necesidades de sus hijos. (Fi. p. 22).

* María hizo con nosotros una obra de misericordia tan grande que no habrá otra igual. Estábamos perdidos por la culpa original y nos dio un Salvador.

* María tuvo fe en más alto grado que todos los Patriarcas y Profetas: creyó en Dios salvador

y su fe salvó a toda la raza de Adán proscrita por la culpa.

* María devorada por los ardores de la caridad se propone en su ánimo cambiar la faz del mundo moral; pide la salvación, pide y la espera, espera y la consigue.

* A la fe, a la esperanza y a la caridad de María debernos nuestra salvación

* Dios, como autor del orden natural, comunicó a la que estaba destinada para ser su Madre, todas las virtudes naturales en el más alto grado de perfección de que era capaz una alma racional.

* María fue veraz, simple, sin ficción ni hipocresía: dijo siempre la verdad. Fue dulce, tratable, amabilísima, afable, fiel, leal.

* María dio pruebas de fortaleza en todo el curso de su vida pero especialmente en la pasión de su Hijo.

* María fue magnánima en toda su vida. Nos vio perdidos a todos. Propuso en su ánimo salvarnos; perseveró en su propósito y lo consiguió. En la muerte de su Hijo, stabat Mater, recibió en su corazón los golpes terribles que caían sobre su Hijo; la lanza traspasó su alma y no se intimidó ni acobardó ni desfalleció.

* María tuvo desde su inmaculada concep-

ción sus pasiones ordenadísimas y por un privilegio especial ninguna se le rebeló jamás. Fue perfecta en esta virtud - templanza -.

* Ni María ni su Hijo se presentaron al mundo vestidos de saco y cilicio, sin comer ni beber... Así convenía para la edificación de la Iglesia a fin de que se creyera en la humanidad del Hijo de Dios.

* ¡Oh Prodigio de la naturaleza! una flor produce otra flor: de una flor, sale otra. Una virginidad concibe y su Semilla es una flor y no una planta, sino una virginidad, y la Madre Virgen es pura y no pierde en el parto su pureza.

* María desde su concepción inmaculada tuvo su corazón enteramente vacío de criaturas. Dios- y sólo Dios ocupó siempre de Heno todos -sus afectos Y pensamientos. Hasta la predicación de su Hijo vivió muy pobremente y cuando Jesús salió para la predicación lo renunció todo y le siguió pobre viviendo como su hijo.

* Aplacar a Dios y mitigar la severidad de la pena debida por la culpa, esto fue una de las funciones que ejerció María para con el mísero pecador; fue clemente durante su vida y lo será mientras haya sobre la tierra Pecadores.

* María fue dulce y blanda de corazón. Nadie la vio jamás airada.

* Ni antes de ser elevada a la altísima dignidad de Madre de Dios y Reina de los cielos y tierra, ni después tuvo María en su ánimo movimiento alguno que la descompusiera, desarreglara ni desordenara.

315) Súplicas y consagración a María

* Señora, ordenad, cultivad, sembrad en él - jardín, de mi alma -, la semilla de todas las virtudes, plantad en él esas flores que buscáis, ponedlas en orden según sus especies; aquí estoy, vuestra propiedad soy, no me opondré, no resistiré sino que cooperaré a la obra santa que Vos os proponéis hacer: principiadla, perfeccionadla y acabadla.

* Yo me comprometo a amar con toda la fuerza de mi corazón a Dios, a mí mismo Por Dios, a mis Prójimos como a mí mismo y a todas las cosas por Dios y a Dios sobre todas ellas.

* María, ¿qué puedo yo hacer por el bien de las almas?. Yo me ofrezco en sacrificio al pie de la cruz para su salvación. Yo me obligo, yo me comprometo a poner por obra la misericordia de aquel modo y bajo la forma que me sea designada por las leyes de la caridad.

* María, yo me obligo a practicar en bien de

mis prójimos todas las obras de misericordia que pueda y que están en mis manos.

* María, postrado delante de vuestro trono os prometo y me obligo a dar a Dios lo que la religión me prescribe, a mí mismo y a mis prójimos lo que la ley ordena y a vos lo que me pedís y os debo que es amor, culto y gratitud.

* María, recibid estas flores, aceptad estos mis propósitos. Yo me obligo a dar un público, sincero, inequívoco y fiel testimonio de amor, de respeto, de obediencia, de gratitud, de adoración a mi Dios en los tiempos y en todas las circunstancias que la religión me lo prescribe. Recibid, hortelana mía, recibid estas mis resoluciones.

* María, madre; mis pensamientos están recogidos en vuestras manos, presentadlos a Dios. Yo me obligo y comprometo a vivir en adelante recogido en Dios, a marchar en su presencia, a no olvidarle, a contemplar sus grandezas... Yo me obligo a orar sin cesar como me manda el evangelio. Ofreced mis votos a vuestro hijo: cuidado, ¡oh bella y amable jardinera! cuidado de mis pensamientos, ordenadlos; a vuestra fidelidad los fío.

* María, yo me comprometo a obedecer humillándome, dócil, con amor voluntariamen-

te, sin murmuraciones ni quejas, con Prontitud Y fidelidad a Dios y a cuantos representan su autoridad. Jardinera mía, a vuestra habilidad y a vuestra maternal solicitud fío mi obediencia: cuidadla bien.

* Reina de los cielos, recibid la flor que me pedís. Yo propongo, yo me obligo, yo me resuelvo a ser agradecido a Dios y a vos; a Dios, por los beneficios de la creación, de la redención y de la vocación y demás que recibo cada día; y a vos, por haberos dignado tomarme por hijo vuestro.

* Señora, os presento un propósito que he concebido y es el de poner orden a mi vida, un orden a mis acciones, aquel orden que me dicta la conciencia, y a mantenerlo en medio de las vicisitudes y contratiempos de este mundo y perseverar en él hasta mi muerte. Seré fuerte con la fuerza que espero recibir de Dios por vuestra mediación.

* Señora, yo me obligo y comprometo a tornar voluntariamente, de buen grado y gusto, las penas, las contradicciones y las tribulaciones. Presentad mi pasión a vuestro Hijo y cuidad de mi paciencia.

* Señora, ahí tenéis mi ramillete como señal de mi firmeza y constancia en sufrir y sufrir hasta dar la vida por vos. Mi vida os pertenece y

mi sangre; os la ofrezco. Yo os prometo perseverar firme en vuestro servicio hasta la hora de mi muerte. Aceptad mi ofrenda.

* María, os presento el alhelí, emblema de la templanza. Yo me obligo a domar, a poner en raya y a sujetar mi pasión dominante. Dad fuerzas a mi resolución y tomadla como cosa vuestra.

* Madre virgen, la más pura entre las criaturas: os doy un corazón resuelto, determinado y dispuesto a guardar castidad... Recibid, purísima doncella, recibid esta mi flor y a vuestro maternal cuidado la confío; cuidadla bien.

* Señora: os ofrezco el ramillete de la continencia y del freno que prometo poner a todas mis pasiones. Recibid mi flor y haced que mis carnes sean reprimidas por el temor santo de Dios.

* ¡Oh clementísima y dulcísima María! Os presento hoy la flor de mi mansedumbre; yo guardaré la paz del corazón, y en el día malo resistiré al ímpetu de la ira. Así os lo prometo; recibid esta mi resolución, aceptad mi flor.

* Señora, yo me comprometo a guardar siempre modestia interior y exterior. Recibid una flor que tanto Vos amasteis, aceptad mis resoluciones y haced que tengan fuerza y eficacia.

* Humildísima y Purísima Virgen, yo acepto de buena voluntad como cosa merecida y debida todos los desprecios, afrentas y humillaciones que me vengan de cualquier parte que procedan. Yo no quiero pasar sino por aquello que soy, y soy un pobre y mísero pecador.

* Bellísima, amabilísima, habilísima jardinera... en vuestras manos sagradas encomiendo mis virtudes. Guardadlas, protegedlas, regadlas, cultivadlas y perfeccionadlas.

* Yo te felicito en unión con toda la Iglesia militante, Oh María, Madre de Dios, por haberte el Señor formado tan bella, tan pura, tan perfecta cual convenía a la que había sido destinada a ser para el hombre mísero viador, un tipo acabado y una figura donde viera, bajo el velo del enigma, la Iglesia santa.

* ¡Señora y Madre mía! Ya que sois para mí el verdadero retrato de mi amada - la Iglesia - alcanzadme la gracia de que sea agradable a sus ojos y a los vuestros.

49. San Juan Bosco (+ 1888)

Nació en 1815 junto a Castelnuovo, en el Piamonte. Desde su infancia manifestó su vocación de apóstol. Hizo sus estudios en el seminario de Turín.

Una vez ordenado sacerdote, dedicó todas sus energías a la educación de los jóvenes.

Fundó dos congregaciones para enseñar artes y oficios a los jóvenes -los Salesianos y las Salesianas-, y al mismo tiempo iniciarles en la vida cristiana. Hacia de la frecuencia de los sacramentos y de la devoción a la Virgen María, la base de su sistema educativo.

Estaba adornado de muchas y bellas cualidades que supo ponerlas al servicio de la evangelización de jóvenes y mayores.

Desde el año 1860 comienza el Santo a nombrar e invocar a la Virgen como María Auxiliadora.

Escribió varios libros de devoción y ascética.

Amó tiernamente a la Virgen María, en especial bajo la advocación de María Auxiliadora y de la Virgen del Carmen cuyo Escapulario apareció incorrupto después de muchos años de su muerte.

Murió en Turín en 1888.

316) María Auxiliadora siempre

¡Oh María, sed mi salvación! Nací el día consagrado a la Asunción de María Santísima a los cielos...

El lunes fui a celebrar en la iglesia de la Santísima Virgen de la Consolación, para agradecer a la Santísima Virgen María los innumerables favores que me había obtenido de su divino Hijo Jesús...

Terminado el catecismo, como todavía no se podía cantar vísperas, se rezaba el rosario. Más tarde se empezó a cantar el Ave maris Stella,

Salve, Estrella del mar, después el Magnificat... Así que después de un año fuimos capaces de cantar todas las vísperas de la Virgen.

Nuestra iglesia es ya pequeña... Vamos a construir otra grande, bella, magnífica, a donde vendrán generaciones a pedir favores a la Virgen y a darle las gracias.

¿Veis allá aquel extremo del patio? Allí vamos a construir una iglesia magnífica a la Madre de Dios.

¿Cómo debemos llamarla? La llamaremos: ¡María Auxiliadora! Hasta ahora hemos celebrado con solemnidad y pompa la fiesta de la Inmaculada Concepción, y lo seguiremos haciendo. Pero, además, la misma Virgen Santísima quiere que la honremos con el título o advocación de "AUXILIADORA".

Los tiempos que corremos son tan tristes, que tenemos verdadera necesidad de que la Sma. Virgen nos ayude a conservar y defender la fe cristiana como en Lepanto. Y aquí vendrán multitudes inmensas a implorar al auxilio omnipotente de la Sma. Virgen.

María Auxiliadora, auxilio de los cristianos, rogad por nosotros.

317) Confianza en María

Para guardar la castidad, debe dirigir reiteradas jaculatorias a María Santísima...

¿Quién sabe la cantidad de gracias que recibiréis si todos hacéis bien el mes de María?... María es la Estrella del mar. Ella no abandona al que confía en Ella. Pongámonos todos bajo su manto. Ella nos librará de los peligros y nos guiará a puerto seguro.

La devoción y el amor a María Santísima es una gran defensa, hijos míos, y un arma poderosa contra las asechanzas del demonio...

Ella nos asegura que si somos sus devotos, nos colocará en el número de sus hijos; nos cubrirá con su manto, nos colmará de bendiciones en este mundo, y para el otro nos asegura el paraíso.

318) Amor a María

Amad, pues, a esta vuestra Madre celestial; acudid a Ella de corazón, y estad ciertos de que cuantas gracias le pidáis os serán concedidas, siempre que no redunden en perjuicio de vuestras almas.

Debéis, además, pedir con perseverancia tres gracias especiales, que son de absoluta necesi-

dad para todos, pero particularmente para los jóvenes, a saber:

La primera, que os ayude para no cometer pecado mortal en toda vuestra vida. Las demás gracias, sin ella, carecerían de valor.

La segunda, es conservar la preciosa virtud de la pureza.

La tercera gracia que debéis pedir a la Inmaculada Virgen María es la de estar siempre alejados de la compañía de los que tienen conversaciones libres u obscenas...

Estad seguros de que cuanto más puras sean vuestras miradas y palabras, tanto más agradeceréis a la Virgen María y mayores gracias os obtendrá Ella de su divino Hijo.

¿Qué obsequio le ofreceréis para obtener estas gracias? Si podéis, rezad el rosario, o a lo menos no os olvidéis de rezar cada día tres Avemarías y el Gloria al Padre, con la jaculatoria: *¡Madre querida, Virgen María, haz que yo salve mi alma!*

319) Gracias innumerables por medio de María

Una buena madre es siempre un verdadero tesoro para su familia.

Así, María, nuestra misericordiosa Madre, es

el manantial de gracias y bendiciones adonde acuden todas las familias cristianas. Nosotros nos hallamos en la tierra como en un mar tempestuoso, en un desierto, en un valle de lágrimas. Pues bien: María es la Estrella del mar, el consuelo de nuestro desierto, la luz que nos guía hacia el cielo...

Sería preciso escribir volúmenes enteros si quisiéramos enumerar los favores de María a sus fieles devotos. ¡Cuántas vírgenes le deben su pureza! ¡Cuántos jóvenes la gracia de haber vencido sus pasiones! ¡Cuántos padres y madres la salvación de sus hijos! Puede decirse que no hay ningún buen cristiano, que no deba su santidad a la intercesión de María.

La historia de la Iglesia nos enseña que los santos más grandes son aquellos que han profesado mayor devoción a María.

La devoción a María es uno de los medios más seguros para conseguir una buena muerte.

Es preciso decirlo: la devoción a la Sma. Virgen es el sostén de todo fiel cristiano; de un modo particular, de la juventud.

-¿Qué es lo que en este momento -cuando moría Magone- te da mayor consuelo de cuanto has hecho en tu vida?

Lo que más me consuela en este momento es

lo mucho que he hecho en honor de María Santísima. Sí, éste es mi mayor consuelo. ¡Ah! María, María, cuán felices son vuestros devotos en la hora de la muerte.

320) Amor a María de santo Domingo Savio

Para completar estas pálidas pinceladas del amor de san Juan Bosco a la Virgen María añadimos este sencillo recuerdo a su fiel discípulo santo Dominguito Savio. Habría que escribir mucho sobre el tema, pero nos limitamos a este breve recuerdo:

Santo Domingo Savio dijo a don Bosco en un sueño que tuvo misterioso, en 1876: -“Lo que más me confortó en el trance de la muerte fue la asistencia de la poderosa y amable Madre de Dios. Díselo a tus hijos; y que no se olviden de invocarla en todos los momentos de su vida”.

Santo Domingo Savio se consagró a María el 8-XII-1854, el mismo día de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada por el beato papa Pío IX. Escribió su biografía san Bosco.

Así fue su consagración: María, os doy mi corazón; haced que sea siempre vuestro. Jesús y

María, sed siempre mis amigos; pero, por vuestro amor, haced que muera mil veces antes que tener la desgracia de cometer un solo pecado mortal.

Su devoción a María -nos dice don Bosco- era grandísima. Hacía cada día una mortificación en su honor. Tenía especial devoción al Inmaculado Corazón de María. Todas las veces que entraba en la iglesia iba ante su altar para pedirla que le alcanzara la gracia de guardar el corazón libre de todo afecto terreno.

Decíale: María, quiero ser siempre vuestro hijo.

En ningún tiempo era Domingo más fervoroso en su devoción hacia nuestra celestial patrona que durante el mes de María.

321) Consagración a María

María Inmaculada, dulce Soberana mía, cuánto me alegro de ser tu esclavo de amor. Te confío y consagro mi cuerpo y mi alma, con todos mis bienes interiores y exteriores, naturales y sobrenaturales, pasados, presentes y futuros.

Quiero también en este día ganar cuantas indulgencias pueda, y te las entrego. María,

Madre mía, renuncio a mi propia voluntad, a mis pecados, a mis disposiciones e intenciones.

Quiero lo que Tú quieras: me arrojó en tu Corazón, abrasado de amor, divino molde en que debo formarme Consagración a María; en él me escondo y me pierdo para orar, obrar y sufrir, siempre por ti, contigo, en ti y para ti a la mayor gloria del Sagrado Corazón de Jesús tu divino Hijo, Amén.

322) Súplica a María

Salve, María, mi amada Madre. Tú eres toda mía por misericordia, y yo soy todo tuyo por justicia; pero todavía no lo soy bastante. De nuevo me entrego a ti todo entero, esclavo, sin reservar nada, ni para mí, ni para otros.

Si algo ves en mí que todavía no sea tuyo, tómalo en seguida, te lo suplico, y hazte dueña de todos mis haberes para destruir y desarraigar y aniquilar en mi todo lo que Tú quieras.

La luz de tu fe disipe las tinieblas de mi espíritu; tu humildad profunda ocupe el lugar de mi orgullo; tu contemplación sublime detenga las distracciones de mi fantasía vagabunda; tu continua vista de Dios llene de su presencia mi memoria; el incendio de caridad de tu Corazón

abrase la tibieza y frialdad del mío; cedan el sitio a tus virtudes mis pecados; tus méritos sean delante de Dios mi adorno y suplemento. En fin, queridísima Madre, haz, si es posible, que no tenga más corazón que el tuyo para amar a Dios con amor puro y con amor ardiente como el tuyo.

No pido revelaciones, ni gustos, aun espirituales. Para ti el ver claro, sin tinieblas, para ti el gustar por entero sin amargura; para ti el triunfar gloriosa a la diestra de tu Hijo, sin humillación; para ti el mandar a los ángeles, hombres y demonios, con poder absoluto, y el disponer, sin reserva alguna, de todos los bienes de Dios.

Esta es, divina María, la mejor parte que se te ha confiado, que jamás se te quitará, y que es para mí grandísimo gozo. Para mí, y mientras viva, no quiero otro sino experimentar el que Tú tuviste: creer a secas, sin nada ver ni gustar; sufrir con alegría, sin consuelo de las criaturas; morir a sí mismo, continuamente y sin descanso; trabajar mucho hasta la muerte por ti, sin interés, como el más vil de los esclavos.

La sola gracia, que por pura misericordia te pido, es que todos los días y en todos los momentos de mi vida diga tres veces: amén.

Amén a todo lo que hiciste sobre la tierra cuando vivías, amén a todo lo que haces en el cielo; amén a todo lo que obras en mi alma, para que en ella no haya nada más que Tú para glorificar.

50. Santa Teresa del Niño Jesús **(+ 1897)**

Nació en Alençon (Francia) el 2 de enero de 1873. Sus padres Luis y Celia, están en proceso de beatificación. Fue la última de nueve hermanos y el Señor la colmó de dones extraordinarios en una vida aparentemente ordinaria.

El 9 de abril de 1888, a los quince años, ingresó en el Carmelo de Lisieux, siendo la admiración de toda la comunidad por sus muchas virtudes, en especial: la humildad, la sencillez evangélica y su ilimitada confianza en el Señor.

Escribió por obediencia un precioso tratado "Historia de un alma" que muy pronto fue traducido a muchos idiomas y fue uno de los libros más conocidos y que más bien haya hecho a las almas.

Amó tiernamente a la Virgen María y de Ella recibió extraordinarios favores.

Dejó, como testamento, una preciosa poesía en la que nos presenta una Virgen María más cercana, humana e imitable que la habían hecho hasta ella.

Murió a los veinticuatro años bien granados el 30 de septiembre de 1897. Pío XI la beatificó, canonizó y nombró Patrona de las Misiones de la Iglesia. El Papa Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia en 1999.

323) *Vida sencilla la de la Virgen María*

A Madre Inés debemos esta hermosa doctrina sobre la Santísima Virgen María que nos regaló Teresa del Niño Jesús, y que ella coloca en el Cuaderno Amarillo en el día 21 de agosto, 39 días antes de morir:

«¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote, para predicar sobre la Santísima Virgen! Un solo sermón me habría bastado para decir todo lo que pienso a este respecto.

Ante todo, hubiera hecho ver cuán poco se conoce su vida.

No habría que decir de ella cosas inverosímiles, o que no se saben; por ejemplo, que de muy pequeña, a los tres años, la Santísima Virgen se presentó en el templo para ofrecerse a Dios con encendidos sentimientos de amor, del todo extraordinarios, cuando tal vez fue allí sencillamente por obedecer a sus padres.

¿Por qué decir, también, a propósito de las palabras proféticas del anciano Simeón, que la Santísima Virgen tuvo desde aquel momento constantemente presente ante sus ojos la pasión

de Jesús? “Una espada de dolor traspasará vuestra alma” (Lc 2,35), había dicho el anciano, No se trataba, pues, del presente, ya lo veis, Madre mía; era una predicción general para el futuro.

Para que un sermón sobre la Santísima Virgen me guste y me aproveche, es necesario que me haga ver su vida real, no su vida supuesta; y estoy segura de que su vida real fue en extremo sencilla. La presentan inaccesible, habría que presentarla imitable, hacer resaltar sus virtudes, decir que vivía de fe, como nosotros, probarlo por el Evangelio, donde se lee: “No comprendieron lo que se les decía” (Lc 2,50). Esta admiración supone cierto asombro, ¿no os parece, Madrecita mía?

Sabemos muy bien que la Santísima Virgen es la Reina del cielo y de la tierra, pero es más madre que reina, y no se debe decir que a causa de sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los santos, a la manera que el sol, al amanecer, hace desaparecer a las estrellas. ¡Dios mío, qué extraño es esto! ¡Una madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos! Yo pienso todo lo contrario. Creo que ella aumentará en mucho el esplendor de los elegidos.

Está bien hablar de sus prerrogativas, pero no hay que pararse ahí; y si en un sermón está uno obligado desde el principio hasta el fin a exclamar y hacer: ¡Ah, ah! ya se tiene bastante. ¡Quién sabe si algún alma no llegará hasta a sentir cierto desvío hacia una criatura tan superior, y se dirá: “Si esto es así, con tal de ir a brillar como se pueda en algún pequeño rincón”!

Lo único que la Santísima Virgen tiene sobre nosotros es que no podía pecar, que estaba exenta del pecado original. Pero por otra parte, tuvo menos suerte que nosotros, puesto que no tuvo ni tiene a una Santísima Virgen a quien amar. ¡Es una dulzura de más para nosotros, y una dulzura de menos para ella!

En fin, en mi cántico “Por qué te amo, ¡oh, María!” he dicho todo lo que predicaría ‘sobre ella» (CA 21.8.3).

324) Deliciosa la escena que nos pinta de la Sagrada Familia:

« ¡Qué bonito será conocer en el cielo todo lo que acaeció en la intimidad de la Sagrada Familia! Cuando el pequeño Jesús empezó a hacerse mayorcito, al ver ayunar a la Santísima

Virgen, tal vez le diría: “También yo quisiera ayunar”. Y la Santísima Virgen le contestaría: “No, Jesusito mío, eres aún demasiado pequeño, no tienes fuerzas”. O bien no se atrevería, tal vez, a negárselo.

¡Y el buen san José! ¡Oh, cuánto le amo! El no podía ayunar, a causa de su trabajo.

Le veo acepillar, luego enjugarse la frente de vez en cuando. ¡oh, qué lástima me da! ¡Cuán sencilla me parece que debió de ser la vida de los tres!

Las mujeres de la aldea irían a conversar familiarmente con la Santísima Virgen. Alguna vez, le pedirían que les dejase a su pequeño Jesús para ir a jugar con sus niños. Y el pequeño Jesús miraría a la Santísima Virgen para saber si debía ir o no. Otras veces, las buenas mujeres irían directamente al Niño Jesús y le dirían sin ceremonias: “Ven a jugar con mi chavalín”, etc.

... Me aprovecha mucho, cuando pienso en la Sagrada Familia, imaginármela en una vida del todo ordinaria. No todo eso que se nos cuenta, y que se supone» (CA 20.8.14).

325) *Rezo del santo Rosario*

A pesar de este gran amor hacia María, las distracciones no le dejaban rezar con atención. El sueño durante la oración era otro tormento que le acompañó hasta la muerte. Escribió:

«Debiera causarme desolación el hecho de dormirme (desde hace siete años) durante la oración y la acción de gracias.

Pues bien, no siento desolación... Pienso que los niñitos agradan a sus padres lo mismo dormidos que despiertos. Pienso que para hacer sus operaciones, los médicos duermen a sus enfermos. Pienso, en fin, que “el Señor conoce nuestra fragilidad, que se acuerda de que no somos más que polvo” (Sal 102,14)» (MA 75v,76r).

El rezo del santo Rosario era un tormento para ella, a pesar de su ardoroso amor hacia él: «Lo que me cuesta en gran manera, más que ponerme un instrumento de penitencia (me da vergüenza confesarlo), es el rezo del rosario, cuando lo hago sola... ¡Reconozco que lo rezo tan mal! En vano me esfuerzo por meditar los misterios del rosario, no consigo fijar la atención...

Durante mucho tiempo estuve desolada por esta falta de devoción, que me sorprendía pues amando tanto a la Santísima Virgen, debiera resultarme fácil rezar en su honor oraciones que tanto le agradan. Ahora, me desconsuelo menos, pues pienso que la Reina de los cielos, siendo mi MADRE, ha de ver mi buena voluntad y contentarse con ella...

La Santísima Virgen me demuestra que no está enfadada conmigo, nunca deja de protegerme en seguida que la invoco. Si me sobreviene una inquietud cualquiera, un apuro, inmediatamente recurro a ella, y siempre se hace cargo de mis intereses como la más tierna de las madres. ¡Cuántas veces, hablando a las novicias, me ha acontecido invocarla y sentir los beneficios de su maternal protección! ... » (MC 25v-26r).

326) La Vida de María vista por la Santa Doctora

La escribió en mayo de 1897. Es su última poesía y como ella diría después "en mi cántico Por qué te amo, ioh, María! he dicho todo lo que predicaría sobre ella" (CA 21.8.3). Es muy inte-

resante recordarla aquí aunque resulte un poco larga:

¡Cantar, Madre, quisiera
por qué te amo!
Por qué tu dulce nombre
me hace saltar de gozo el corazón,
y por qué el pensamiento de tu suma grandeza
a mi alma no podría inspirarle temor.
Si yo te contemplase en tu sublime gloria,
muy más brillante sola
que la gloria de todos los elegidos juntos,
no podría creer que soy tu hija...
María, en tu presencia bajaría los ojos.

Para que una hija pueda a su madre querer
es necesario que ésta sepa llorar con ella,
que con ella comparta sus penas y dolores.
¡Oh dulce Reina mía,
cuántas y amargas lágrimas lloraste en el
destierro
para ganar mi corazón, oh Reina!
Meditando tu vida tal como la describe
el Evangelio,
y me atrevo a mirarte y hasta a acercarme a ti.
No me cuesta creer que soy tu hija,
cuando veo que mueres,

cuando veo que sufres
como yo.

Cuando un ángel del cielo te ofrece ser la
Madre
de un Dios que ha de reinar eternamente,
veo que tú prefieres, ¡oh asombroso misterio!,
el tesoro inefable de la virginidad.

Comprendo que tu alma, inmaculada Virgen,
le sea a Dios más grata
que su propia morada de los cielos.
Comprendo que tu alma, humilde y dulce valle,
contenga a mi Jesús, océano de amor.

Te amo cuando proclamas
que eres la siervecilla del Señor,
del Señor a quien tú con tu humildad cautivas.
Esta es la gran virtud que te hace omnipotente
y a tu corazón lleva la Santa Trinidad.
Entonces el Espíritu, Espíritu de amor,
te cubre con su sombra,
y el Hijo, igual al Padre, se encarna en ti...
Muchos habrán de ser
sus hermanos
pecadores
para que se le llame: *¡Jesús, tu primogénito!*

María, tú lo sabes,
no obstante ser pequeña, poseo y tengo en mí
al todopoderoso.

Mas no me asusta mi gran debilidad,
pues todos los tesoros de la madre
son también de la hija...,
y yo soy hija tuya, Madre mía querida.
¿Acaso no son mías tus virtudes
y tu amor también mío?
Así, cuando la pura y blanca Hostia
baja a mi corazón,
tu Cordero, Jesús, sueña estar reposando
en ti misma, María.

Tú me haces comprender, ¡oh Reina de los
santos!,
que no me es imposible caminar tras tus
huellas.

Nos hiciste visible
el estrecho camino que va al cielo
con el constante empleo de virtudes humildes.
Imitándote a ti,
permanecer pequeña es mi deseo,
veo cuán vanas son las grandezas terrenas.
Al verte ir presurosa a tu prima Isabel,
de ti aprendo, María,
a practicar la caridad ardiente.

En casa de Isabel escucho, de rodillas,
el cántico sagrado, ¡oh Reina de los ángeles!,
que de tu corazón brota exaltado.
Me enseñas a cantar los loores divinos,
a gloriarme en Jesús, mi Salvador.
Tus palabras de amor son las místicas rosas
que envolverán en su perfume vivo
a los siglos futuros.
En ti el Omnipotente obró sus maravillas,
yo quiero meditarlas y bendecir a Dios.

A san José, que ignora
el milagro asombroso que en tu humildad
quisieras ocultar,
tú le dejas llorar cerca del tabernáculo
donde se oculta y vela
la divina beldad del Salvador.
¡Oh cuánto amo también tu elocuente silencio!
Es para mí un concierto, muy dulce y
melodioso,
que canta a mis oídos la grandeza,
y hasta la omnipotencia,
de un alma que su auxilio sólo del cielo espera...

Luego, en Belén os veo, ¡oh María y José!,
rechazados por todos.
Nadie quiere acoger en su posada
a dos pobres y humildes forasteros...

¡Sólo para los grandes tienen sitio!
Y en un establo mísero, rudo y destartalado,
tiene que dar a luz la Reina de los cielos
a su Hijo Dios.

¡Madre del salvador,
qué amable me pareces, qué grande me pareces
en tan pobre lugar!

Cuando veo al Eterno envuelto en los
pañales
y oigo el tierno vagido del Verbo entre las pajas,
¿podría yo, María, en ese instante,
envidiar a los ángeles?
¡Su Señor adorable es mi hermano querido!
¡Cómo te amo, Virgen, cuando escuchas
a los simples pastores, y a los magos,
*y guardas y meditas todo eso
dentro del corazón.*

Te amo cuando te mezclas con las demás
mujeres
que dirigen sus pasos al templo del Señor.
Te amo cuando presentas al Niño que nos salva
al venerable anciano que te toma en sus brazos.
Al principio, yo escucho sonriendo
su cántico, mas pronto sus acentos
hacen correr mis lágrimas...

Hundiendo en el futuro su mirada profética,
Simeón te presenta la espada del dolor.

¡Oh Reina de los mártires, la espada dolorosa
traspasará tu pecho
hasta la tarde misma de tu vida!
ya te ves obligada
a abandonar el suelo de tu patria
para escapar, huyendo,
del furor sanguinario de un envidioso rey.
Jesús duerme tranquilo
bajo los suaves pliegues de tu velo
cuando José te advierte que hay que partir
aprisa.

Y es pronta tu obediencia:
tú partes sin demora, y sin razonamientos.

En la tierra de Egipto, me parece, ¡oh María!,
que a pesar de vivir en la suma pobreza,
lleno de gozo y paz vive tu corazón.
¿Qué te importa el destierro? ¿No es, acaso,
Jesús

la patria de las patrias, la más bella?
Poseyéndole a él, tú posees el cielo.
Mas en Jerusalén, una amarga tristeza
te envuelve, y como un mar tu corazón inunda..
Por tres días, Jesús se esconde a tu ternura,

y entonces sí, sobre tu vida cae
un oscuro e implacable riguroso destierro.

Por fin logras hallarle, y al tenerle,
rompe tu corazón en transporte amoroso...
Y le dices al Niño encanto de doctores:

*«Hijo mío, ¿Por qué has obrado así?
Tu padre y yo, con lágrimas, te estábamos
buscando»;*

y el Niño Dios responde, ¡oh profundo misterio!
*«¿A qué buscarme, Madre? ¿No sabíais, acaso,
que en las cosas que son del Padre mío
he de ocuparme ya ?»*

Me enseña el Evangelio que sumiso
a María y José permanece Jesús
mientras crece en edad, sabiduría y gracia.
¡Y el corazón me dice con qué inmensa ternura
a sus padres queridos
él obedece siempre!

Ahora es cuando comprendo el misterio del
templo,
la respuesta y el tono del amable Rey mío:
Tu dulce Niño, Madre,
quiere que seas tú el ejemplo vivo
del alma que le busca a oscuras, en la noche de
la fe...

Puesto que el Rey del cielo quiso ver a su
Madre

sometida a la noche,
sometida a la angustia
del corazón,
¿será, acaso, merced sufrir aquí en la tierra?
¡Oh, sí! ... ¡Sufrir amando es la dicha más pura!
Puede tomar de nuevo Jesús lo que me ha
dado, dile que por mí nunca se moleste.
Puede, si a bien lo tiene, esconderse de mí,
me resigno a esperarle
hasta que llegue el día sin ocaso
en el que para siempre se apagará mi fe.

Yo sé que en Nazaret, Virgen llena de gracia,
viviste pobremente sin ambición de más.
Ni éxtasis, ni raptos, ni milagros
tu vida hermosearon, ¡oh Reina de los cielos!
Muchos son en la tierra los pequeños,
y ellos pueden alzar, sin miedo, a ti los ojos.
¡Por el común camino, oh Madre
incomparable,
caminas tú, guiándoles al cielo!

Vivir contigo quiero, Madre amada,
seguirte en el destierro día a día.
En tu contemplación yo me hundo absorta,